

Debo, para cumplir en conciencia con las revelaciones que estoy obligado a hacer, volver desde un poco lejos sobre mis pasos y hablar otra vez de mi primerísima adolescencia, ¡cuán diferentemente, ay!, de como lo haré en los capítulos que preceden inmediatamente al penúltimo.

A la ignorancia casi celestial del niño que hace su primera comunión, a la todavía en cierto modo inconsciencia del mal "que se renueva" había de suceder, paralelamente a la creciente incredulidad, esa sensualidad ridícula y tanto más mala cuanto que se mantiene en una triste impotencia... hasta el estallido prematuro de una virilidad engañosamente precoz, mucho peor también por eso mismo.

Añadan a esas fatigas, a las que se mezclaban entonces remordimientos, si me es lícito enunciar me y denunciarme así, el despertar tan pueril del hombre de letras que yo estaba pre-

destinado a ser... ¡Porque, según parece, yo estaba predestinado a ser un hombre de letras!... Y desde aquí mismo podían ver al mocito embrutecido que era yo entre los catorce y los trece años.

Mis "remordimientos" no dejaban, con todo, de ser a veces divertidos, en el fondo, cuando pienso ahora en ellos. Mi confesor, cuando me sermoneaba a propósito de ese famoso sexto mandamiento cuya alta y saludable importancia había de apreciar yo mucho más, y mucho más tarde, solía recordarme, para cuando el diablo me tentase, la oración, y sobre todo, la oración con las manos juntas. ¡Ay! Yo juntaba mis débiles manos lo mejor que podía, que no era siempre lo mejor que hubiera sido menester, ni el mayor tiempo posible.

El hombre de letras, o, por mejor decir, si quieren, el poeta, nació en mí precisamente hacia ese décimocuarto año tan crítico; de suerte, que puedo decir que según se iba desarrollando mi pubertad, formábase también mi espíritu a su manera, que aquí verán condensada en unas cuantas líneas.

Mis primeras lecturas, o para hablar con más precisión, mi primera, mi primerísima lectura fué —exceptuando, naturalmente, libros clásicos en su género, *Gamiani*, *El infierno de José Prudhomme*, *El examen de Flora*, *Las obras se-*

cretas de Piron—, fué, repito, *Las flores del mal*, primera edición, que un pasante había dejado en su cátedra y que yo le “confisqué” sin escrúpulo. Ni que decir tiene que yo no tenía ni la menor idea de esa poesía tan ajena a mi edad, nutrida de los más prudentes “trozos escogidos”. Hasta el título fué para mí largo tiempo hermético, y devoré el libraco sin comprender de él otra cosa sino que allí se hablaba de “perversidades” —como se dice en los internados de señoritas— y de... desnudeces alguna vez, doble atractivo para mi juvenil “corrupción”, estando yo firmemente persuadido de que el libro se titulaba *Las flores de Mayo*.

Sea de ello lo que quiera, Baudelaire ejerció sobre mí en aquel momento un influjo cuando menos de imitación infantil y todo cuanto quieran en esa gama; pero un influjo real, y que no podía menos de ir en aumento y aclararse y hacerse lógico con el tiempo...

Cierto día de asueto, andaba yo husmeando en las librerías de viejo, a fe mía que por primera vez en mi vida, en unión de un compañero, porque ya empezaban, demasiado pronto en mi concepto, a dejarme salir solo. Hacia la mitad del Quai Voltaire, en la tienda de un librero llamado Beauvais, encontramos las *Cariátides*, y confieso que la lectura de esos versos, verdaderamente amenos, y acaso más poderosos en su

C O N F E S I O N E S

fervorosa juventud que las obras más perfectas de la madurez de Banville, dominóme "en el acto" muy de otro modo que la condensación y la íntima austeridad de las *flores del mal*.

...En aquel festín, de todas partes llegados,
cenaban todos los don juanes con las Venus todas.

...Hasta esas algo extravagantes y un poco chuscas estrofas "cuarenta y ocho" y falansterianas que comienzan:

Copa, seno, lira,
Triple delirio,
No se puede leer
La pupila de Israel.
Bajo tu deísmo
Se quiebra en el prisma
El sintetismo
Original...

Cautiváronme vehementemente el gusto ya pronunciado por lo enrevesado y por la fraseología un poco vaga que me reprochan, sin fundamento, así lo espero, hoy al menos.

Banville, además, en las ediciones siguientes, suprimió ese poema, al que puso música... sacra el tal interesante Cabaner, el autor de *Pastel*, cuyos son estos versos, compuestos por él mismo, y que yo los doy aquí como inéditos:

Decididamente este pastel
Es delicioso; en mi vida
No probé, lo certifico,
Otro mejor sazonado...
Amigo Juan, vuelve allá
Y a la pastelera exprésale
Muy sincero
Cumplimiento...
¡Excelente!
¡Excelente!

Algunos años después de esas primeras impresiones literarias había yo de conocer así a Banville como a Cabaner en persona, y también a otros muchos de quienes se hablará a su tiempo como de Cabaner y de Banville; no son —¡ay, a Dios gracias!— recuerdos los que me faltan. Repróchanme también, como si fuese afectación, el publicar a diestro y siniestro, en demasía, cuando por lo general trátase de desahogos dolorosos o como ahora, por ejemplo, de enojosas confesiones...

...De mis ensayos literarios nada diré sino que fueron detestables. Por lo demás se me han olvidado, salvo algunos versos y algunos planes, esas lucubraciones paralelas de... malas costumbres. Recuerdo, entre otras cosas, que podría calificar en cierto sentido de masturbantes, pues eran fruto —¡y qué fruto!— de mi so-

lo "intelecto", privado de todo comercio con todo lo de este mundo, buen sentido, gusto y tacto; recuerdo, como decía, el boceto de un drama sobre *Carlos el Loco* —léase Carlos VI—, cuyo primer acto —el del baile de máscaras donde el rey pierde a medias el juicio y empieza a volverse maníaco— ornábase de una ronda orgiástica, que terminaba así:

Que beban y bailen
Y que monseñor Jesús
Con los santos columpie
La cadena de los ahorcados.

Cuanto a informarlos de la continuación de ese drama, no, verdaderamente, en buena conciencia, y ustedes no lo querrían. Limítense a saber que el segundo acto, insistiendo sobre el primero y formando en algún sentido un segundo prólogo, tenía por decoración la legendaria selva donde el infortunado monarca se encontraba con una suerte de salvaje, leñador furtivo o simplemente borracho cuya presencia barroca y más que insólita le quitaba definitivamente el juicio. Y en los actos siguientes, adelante con los ingleses, la guerra de los cien años—, *et cætera desiderantur!*

También el proyecto, ¡oh, antítesis!, de un *Carlos el Sabio*; el rey Juan. Esteban Marcel...

PAUL VERLAINE

Y por último, un *Luis XV* en seis actos, con un Damiens y una hermanita del Parc-aux-Cerfs.

¡La sangre del pueblo clama venganza!...

Ya...